EL MUNDO DEL LIBRO EN EL CÁDIZ DE LA ILUSTRACIÓN

Manuel RAVINA MARTÍN
(Archivo Histórico Provincial, Cádiz)

Aceptado: 15-I-2002.

RESUMEN: En este artículo se reconstruye el mundo del libro entre la aristocracia y la burguesía gaditana del siglo XVIII y de comienzos del XIX, evocando las figuras de los principales bibliófilos y coleccionistas de libros de la ciudad, en relación con los cambios en los hábitos de lectura asociados a la Ilustración. Se estudian las bibliotecas públicas y privadas más destacables, el impacto de la lectura de prensa, etc. ***Palabras clave:*** *Lectura, Cádiz, bibliotecas privadas, siglo XVIII.*

ABSTRACT: This article reconstructs the world of books among the bourgeoisie and the aristocracy from the eighteenth to the early nineteenth centuries in Cadiz. It deals with the main bibliophiles and book collectors in the city and their relation with the changes in the ways of reading associated to the Enlightenment. The most important public and private libraries are also studied, the social consequences of reading the press, etc. ***Key words:*** *Readership, Cadiz, private libraries, eighteenth century.*

En 1774 un joven madrileño de 19 años solicitaba licencia del Rey Carlos III para visitar diversas Cortes europeas. Su intención era instruirse en varias ciencias y artes con el fin de emplearse algún día en el destino que el Monarca estimase más conveniente. Era, desde luego, alguien excepcional: «de genio vivo, un juicio sólido, un talento sobresaliente, generoso, modales gratas (sic), apreciables y políticas... buen modo, y sabia discreción que tenía en dar el trato a toda clase de gentes, distinguiendo sus calidades y condiciones».[1] Era además, añadimos nosotros, dueño de una considerable fortuna.

Con el beneplácito real, visitó París, Londres, La Haya, parte del Flandes francés, Austria y Alemania. Ese *Gran Tour* le llenó de asombro al percatarse del atraso que en tantos aspectos estaba España. Quiso aprender mucho en poco tiempo, pero pronto comprendió que necesitaba más del que disponía. ¿Qué hacer? En ese momento tomó una decisión ilustrada: comprar una gran porción de libros, de los más escogidos,

[1] Los datos sobre este primer Marqués de Valde-Iñigo proceden de la necrológica que firmada por Manuel García de Tejada apareció en las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País,* Madrid, Imprenta de Antonio de Sancha, tomo IV, 1787, pp. 340-342.

DOI: http://dx.doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2001.i9.05

aquellos que consideraba *hacernos falta*: de agricultura, política, artes y oficios.

Ese inquieto muchacho se llamaba Manuel Joaquín Sáenz de Santa María y Arizcun. Cuatro años más tarde, a petición propia, le fue concedido un título de Castilla, escogiendo la denominación de Marqués de Valde-Iñigo, sin que sepamos a ciencia cierta por qué. Su padre hacía años que había fallecido, por lo que fue educado por sus dos abuelos, don Pedro Sáenz de Santa María y Don Francisco de Arizcun, Marqués de Iturbieta. Ambos gozaban de una espléndida posición social y de cuantiosos bienes. Tío suyo, hermano de su padre, era José Marcos Sáenz de Santa María, sacerdote, que vivía en Cádiz dedicado exclusivamente a ejercicios piadosos y que acabará heredando su título nobiliario.

Hemos querido iniciar con este ejemplo unos breves comentarios sobre las repercusiones que en Cádiz iba a tener la revolución lectora que se estaba produciendo en buena parte de Europa en el siglo XVIII: de una lectura repetitiva y prácticamente reducida al ámbito eclesial se pasa a otra de carácter privado y laico, en la que se tiene presentes aquellas ciencias y técnicas que permiten una autoformación personal y, al mismo tiempo, una mayor utilidad y servicio social.[2] Véanse, como muestra, las materias sobre las que versaban los libros que traía de Europa el primer Marqués de Valde-Iñigo.

No es mucho lo que sabemos de ese proceso de cambio en los hábitos de lectura en la España de fines del siglo XVIII, por lo que no podemos situar a este ejemplo, por significativo que nos parezca, en un cuadro más general del que se puedan extraer sólidas conclusiones. Parece lógico que tal cosa ocurriera en Madrid, lugar de asiento de la Corte, donde se marcaba el ritmo de modas y se adelantaban los cambios. También lo es que fenómenos parecidos, incluso más acentuados, se dieran en la ciudad de Cádiz, un caso singular e irrepetible dentro del aislado mundo español. Precisamente estas dos ciudades —Madrid y Cádiz— eran los lugares donde vivían y tenían sus capitales los dos abuelos del joven Marqués de Valde-Iñigo.

La singularidad de Cádiz proviene, como es de sobra conocido, de ser el centro de unas rutas comerciales Europa-América, lo que trajo como consecuencia la concentración en su pequeño casco urbano de una población extraordinariamente variopinta, no solo por la abundantísima presencia extranjera sino también por la de los naturales de otras partes de España. Esta amalgama de personas, lenguas, costumbres e, incluso, religiones tenía que producir, como consecuencia lógica, un mestizaje cultural en el que las características más importantes son justamente la diversidad, la convivencia y la tolerancia. Quizás pueda ser un buen ejemplo de esa mescolanza la existencia simultanea de tres teatros: uno, español; otro, francés y, por último, la ópera italiana.

En ese complejo mundo gaditano de fines del XVIII iban a ocupar un lugar destacado el libro y la prensa, que alcanza un auge extraordinario precisamente en esta centuria.

Si observamos lo que había significado el mundo del libro y la cultura en Cádiz

[2] Teinnhard Wittmann, «¿Hubo una revolución lectora a finales del siglo XVIII?», en *Historia de la lectura en el mundo occidental,* Madrid, Taurus, 1998, pp. 437 y ss.

durante el siglo XVII y primera mitad del XVIII, vemos cómo todavía es un buen reflejo de lo que ocurría en otras partes de España: una ausencia absoluta de bibliotecas públicas pues las únicas existentes pertenecían a los conventos. Destacaban, sobre las demás, las de los franciscanos, dominicos y jesuitas, así como la del Seminario diocesano. Las pocas noticias que tenemos sobre bibliotecas privadas se refieren también, de modo mayoritario, a eclesiásticos: destaca la del canónigo Juan Bautista Suárez de Salazar, erudito anticuario y jurista, astrónomo aficionado, que donó a los jesuitas de Cádiz; o la de los obispos José de Barcia y Zambrana —de la que no se conserva inventario— y Lorenzo Armengual de la Mota.

El auge experimentado por la ciudad desde 1680, con el establecimiento oficial de la cabecera de las Flotas a Indias, y, sobre todo, con el traslado a ella de la Casa de la Contratación en 1717 supondrá un aumento considerable de la riqueza, de la población y de las complejidades de la vida gaditana. Van a surgir algunos organismos en los que el libro va a tener una presencia insustituible como herramienta de trabajo.

Esas nuevas instituciones tienen lógicamente que ver con la idiosincrasia de una ciudad que era al mismo tiempo lugar de comercio y base naval militar, en la que desarrollan su labor unos cuerpos especializados. Destacan entre ellos el Colegio de Medicina y Cirugía,[3] el Real Observatorio Astronómico de la Armada[4] y el Cuerpo de Ingenieros Militares.[5] Es significativo que cuando se estaba formando la biblioteca del Observatorio se extrajera de la de los jesuitas, depositada en el Seminario tras la expulsión de la Compañía, aquellos libros de matemáticas y astronomía que estos poseían, bien como herencia de Suárez de Salazar, bien de la época en que los jesuitas de Cádiz se dedicaban a formar marinos y daban clase en sus aulas eminentes matemáticos.[6]

La última institución que va a comenzar a formar su biblioteca a finales de este siglo es la de la Escuela de Nobles Artes, creada en 1779 para fomentar la enseñanza del dibujo y en cuya organización y desarrollo participó buena parte de la burguesía gaditana, como una muestra más de su gusto por las bellas artes.[7]

Si intentamos comprobar hasta qué punto se difundió el libro en el ámbito privado, nos encontramos con un escollo casi insuperable: la ausencia de documentación, pues no debía ser costumbre entre los escribanos de Cádiz realizar las particiones y abintestatos dentro del protocolo notarial, por lo que nos han llegado poquísimos inventarios

[3] Rosario Gestido del Olmo, *Una biblioteca ilustrada gaditana. Los fondos bibliográficos humanísticos del Real Colegio de Cirugía de la Armada,* Cádiz, Universidad, 1994, 314 pp.

[4] Francisco José González et alii, *Catálogo de la Biblioteca del Real Observatorio de la Armada (Siglos XV-XVIII)*, Real Instituto y Observatorio de la Armada de San Fernando (Cádiz), Boletín ROA, nº 5/1993, 174 pp.

[5] Rosario Martínez López, *La colección bibliográfica de la biblioteca del Real Cuerpo de Ingenieros del Exército (siglos XVI-XIX),* Cádiz, Jefatura Logística Territorial, 1995, 544 pp.

[6] Manuel Ravina Martín, «Notas sobre la enseñanza de las matemáticas en Cádiz a fines del siglo XVII», *GADES*, nº 18, 1988, pp. 47-64.

[7] Rosario Martínez López, *La Biblioteca de la Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz*, Cádiz, Diputación Provincial, 2001, 2 vols.

de librerías en estos registros. Podemos calibrar la pérdida que esto supone si lo comparamos con otras ciudades españolas, como Barcelona, en la que, para el período 1743-1801, se han conservado nada menos que 143 inventarios de bibliotecas particulares.[8]

Aun así, y contando con otras fuentes siquiera indirectas y parciales, podemos advertir la existencia de un público lector, minoritario pero especializado y de alta profesionalidad, que busca el libro como una herramienta necesaria para el ejercicio de su trabajo y que por primera vez en la historia se enfrenta a una nueva fuente de información como era la prensa. En Cádiz arraigó desde el principio la costumbre de leer habitualmente periódicos por lo que no es extraño que se la haya considerado, a fines del XVIII, como la capital de las suscripciones de provincia.[9] Las cifras son esclarecedoras: de 798 suscripciones que tenía el *Memorial Literario* en provincias, 80 eran de Cádiz (frente a 32 de Barcelona y 19 de Sevilla); y el *Semanario Erudito* tenía en Cádiz nada menos que 81 sobre un total de 320 para toda España, salvo Madrid.[10]

La conclusión no puede ser otra sino la de que en Cádiz existía un público interesado en las noticias, en estar al día, que además había encontrado dos medios de sociabilidad de una especial trascendencia para la transmisión de las opiniones y la circulación de los periódicos: la tertulia y el café.

De las primeras, solo nos han llegado noticias sueltas, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta su carácter estrictamente privado. De los segundos estamos mejor informados. Así sabemos que eran un punto de encuentro en el que se tomaba café —obviamente— pero donde también se leían los periódicos, españoles y extranjeros. De manera caricaturesca retrata esa costumbre el escritor contemporáneo González del Castillo en su sainete *El Café de Cádiz*, en el que dos clientes están leyendo la prensa: uno, la Gaceta de Leiden; otro, la de Lugano.[11] El Barón de Bourgoing llegó a conocer uno de esos cafés, el luego célebre Café de Apolo, en el que dice se podían leer, cuando llegaban los correos, las mejores gacetas francesas.[12]

Algo parecido nos cuenta el Conde de Maule del club privado más selecto que existía en Cádiz, llamado *La Camorra*, situado en la calle del Empedrador, en el que se reunían los comerciantes, particularmente los extranjeros, que pagaban una cuota al mes para su sostenimiento: «Tienen sobre su gran mesa los tomos del Atlas y todos los papeles públicos, y así con silencio y buena armonía leen a su comodidad las

[8] Enric Moreu-Rey, «Sociología del llibre a Barcelona al segle XVIII. La quantitat d'obres a les biblioteques particulars», *Estudis Històrics i documents dels Arxius de Protocolos,* Barcelona, 1980, tomo VIII, pp. 275-303.

[9] Elisabel Larriba, *Le Public de la presse en Espagne a la fin du XVIII siècle (1781-1808)*, París, Honoré Champion, éditeur, 1998, pp. 103-107.

[10] E. Larriba, *op. cit.*, pp. 79 y 82.

[11] Juan Ignacio González del Castillo, *El Café de Cádiz*, en *Obras Completas*, Madrid, Real Academia Española, 1914, tomo I, pp. 133-135.

[12] Lo cita Elisabel Larriba, *op. cit.*, p. 106.

noticias».[13]

Es posible que en estos locales además de los Atlas y periódicos también se pudiesen leer determinados libros o enciclopedias. De cualquier modo era un buen precedente, pues si había lugares públicos para la lectura gratuita de periódicos, pronto se vería la necesidad de otros en los que el ciudadano sin medios pudiese acceder a una información que antes sólo disfrutaban —y controlaban— la Iglesia y aquellos privilegiaos que poseyeran determinados bienes. La idea debía flotar en el ambiente hasta el punto que es el propio Conde de Maule quien afirma en una frase de mucho más calado de lo que él mismo imaginara que «todas las bibliotecas de los conventos deberían ser públicas»,[14] pues es un reconocimiento a la importancia del libro en la formación de los hombres y al derecho que todo ser humano tiene a la lectura. Pero esto no llegaría sino en el primer tercio del siglo XIX con la creación en Cádiz de Gabinetes de Lectura para el público en general.

No existiendo bibliotecas públicas que reseñar, intentaremos adentrarnos por el cada vez más conocido tema de las bibliotecas privadas del Cádiz de la Ilustración. Tenemos algunos ejemplos bastante significativos y muy bien estudiados. Siguen existiendo, como en la centuria anterior, clérigos más o menos ilustrados que poseían bibliotecas de desigual tamaño:[15] destacan las del obispo Juan Bautista Servera[16] y José Escalzo y Miguel, y las de los canónigos Cayetano María de Huarte y Antonio Manuel Trianes, ambos con un gran protagonismo en los ambientes ilustrados.

Junto a estos tenemos la biblioteca de un jurista como Vicente Pulciani, abogado de los Reales Consejos, quien era poseedor de 908 títulos, cifra muy alta sobre todo si tenemos en cuenta que en su mayor parte estaba especializada en derecho.[17] O la del Almirante Antonio de Ulloa, hombre de múltiples saberes y larga vida, del que conocemos un precioso ex-libris de tema marino, materia que debía ser la predominante en su biblioteca junto con la Astronomía e Historia Natural. Era tal la importancia que Ulloa daba a sus libros que quiso vincular su biblioteca dentro del Mayorazgo.[18] O la del médico Francisco Canivell, precisamente uno de los facultativos que atendió a Francisco de Goya cuando se encontraba enfermo en Cádiz, en la que se podía encontrar mucho y bueno de cuanto se publicaba en Europa sobre medicina. O la del mismo

[13] Conde de Maule: *De Cádiz y su comercio. (Tomo XIII del Viaje de España, Francia e Italia)*, Edición y estudio preliminar de Manuel Ravina Martín, Cádiz, Universidad, 1997, pp. 198-199.

[14] Conde de Maule, *op. cit.*, pp. 164-165.

[15] Arturo Morgado García, «Bibliotecas clericales en el Cádiz del siglo XVIII», *Hispania Sacra*, volumen XLIII (1991), nº 87, pp. 343-358.

[16] Arturo Morgado García, «La difusión de las ideas jansenistas y regalistas en la España del siglo XVIII. La biblioteca de Fray Juan Bautista Servera, obispo de Cádiz (1786)», en *De la Ilustración al Romanticismo. III Encuentro: Ideas y movimientos clandestinos*, Cádiz, Universidad, 1988, pp. 205-214.

[17] Nélida García Fernández, *Burguesía y toga en el Cádiz del siglo XVIII. Vicente Pulciani y su biblioteca ilustrada*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1999.

[18] Ulloa tenía incluso hecho un catálogo-inventario de su biblioteca. Vid. Francisco de Solano Pérez-Lila, *La Pasión de Reformar. Antonio de Ulloa, marino y científico. 1716-1795*, Cádiz, Universidad de Cádiz y Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1999, pp. 412-414.

Torcuato Cayón, el primer arquitecto que diseñó la Santa Cueva, que no conservaba a su muerte un excesivo número de libros porque, hombre de extraña espiritualidad, no los retenía junto a sí sino que se desprendía de ellos una vez que los usaba.[19]

Son simples ejemplos de algo que en definitiva no tiene nada de extraño, pues natural es que un abogado, un militar, un médico o un arquitecto reúnan una biblioteca especializada en su oficio (sin desdeñar la literatura u otras materias de su afición). Lo que nos resulta más llamativo es un grupo, relativamente pequeño, de comerciantes y aristócratas, en el que advertimos un amor poco común por el libro y, en algunos casos, también por el arte.

La lista que podemos presentar no es muy larga: Antonio José Mosti, Miguel de Iribarren y Polo, Marcelino Martínez de Junquera, el Marqués de Villarreal y Purullena, Pedro Alonso de O'Crowley, Sebastián Martínez Pérez, El Conde de Maule, Juan Nicolás Böhl de Faber, el Marqués de Méritos, Santiago de Irisarri y el Marqués de Ureña. Las amistades comunes que hemos podido comprobar con múltiples: Maule, Martínez y O'Crowley eran amigos, lo mismo que Maule, Ureña y Méritos; estos dos últimos —y el propio Sebastián Martínez— eran a su vez amigos del sacerdote José Sáenz de Santa María, por lo que intuimos otros vínculos amistosos. El único que no encaja en ese cuadro de amistad es Böhl, quizás porque era algo más joven que los citados, por su condición de protestante o por causas que desconocemos.

De que todos ellos tuvieron una biblioteca no nos queda la menor duda, pues tenemos muchas referencias de que así fue. Sin embargo, de algunos, pocos, nuestra información es muy abundante y, aunque carecemos de los inventarios, esto no es óbice para que podamos calibrar este fenómeno como algo verdaderamente excepcional, sin parangón en otras ciudades de España.

Por tanto nos vamos a ceñir dentro del grupo mencionado a otro aún más pequeño, integrado por O'Crowley,[20] Maule,[21] Martínez[22] y Böhl de Faber,[23] en el que el libro no es únicamente una herramienta de trabajo como podía ser en Cayón, Canivell, Pulciani o Ulloa. No olvidemos que su profesión era el comercio y que todos ellos reunieron unas espléndidas bibliotecas en las que la materia de la que menos libros había era precisamente el comercio.

No podemos considerar a ninguno como gaditano pues el único nacido aquí

[19] Manuel Ravina Martín, «La biblioteca del arquitecto Torcuato Cayón (1783)», *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, 1995, nº 13, pp. 171-195.

[20] Pablo Antón Solé, «El Anticuario gaditano Pedro Alonso de O'Crowley», *Archivo Hispalense* (Sevilla), nº 136, 1966, pp. 151-165.

[21] La biografía más reciente del Conde de Maule es la de Jorge Ibáñez Vergara, *Don Nicolás de la Cruz, el Conde de Maule*, Talca (Chile), Editorial Universidad de Talca, 1997, 396 pp.

[22] Antonio García-Baquero, *Libro y cultura burguesa en Cádiz. La biblioteca de Sebastián Martínez*, Cádiz, Cátedra Adolfo de Castro, 1988, 106 pp.

[23] Sobre Böhl de Faber sigue siendo fundamental el libro de Camille Pitollet, *La querrelle calderonienne de Johan Nicolás Böhl von Faber et José Joaquín de Mora*, París, Felix Alcan, éditeur, 1909, 272 pp., y el más reciente de Guillermo Carnero, *Los orígenes del romanticismo español: el matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, Universidad, 1978, 331 pp.

—O'Crowley— era de padre y madre irlandesa; Böhl, de Hamburgo; Maule, de Chile, y Sebastián Martínez, de la provincia de Soria. A pesar de que todos, salvo O'Crowley, educado en un colegio religioso en Francia, eran poco menos que autodidactas, sin más estudios que los imprescindibles para bandearse en el comercio, en ellos era algo natural su deseo de conocimiento. Con claridad lo expresaba Böhl: «Si mi padre me hubiera dejado estudiar, como yo deseaba, qué distinta hubiera sido mi vida».[24]

A ese amor por el estudio hemos de añadir otras muchas circunstancias favorables para hacerse con buenas bibliotecas: eran ricos, al menos en algún momento de su vida, con fortunas superiores a lo que era normal en Cádiz, donde el listón estaba muy alto. Parece que incluso uno de ellos llegó a alcanzar la mítica cifra de un millón de pesos (Maule).

Habían podido viajar por Europa, como era frecuente entre los potentados de Cádiz (el Marqués de Méritos, el de Ureña,[25] Francisco de Paula Iribarren...). Maule realizó uno por Francia e Italia, del que nos ha dejado memoria impresa;[26] Böhl viajó varias veces por Europa y O'Crowley hizo lo propio por Francia, donde se educó, Irlanda y Nueva España.[27] Solamente de Sebastián Martínez no tenemos noticia de que saliera de nuestras fronteras aunque su movilidad fue grande, pues acabó viviendo entre Cádiz y Madrid, donde alcanzó el puesto de Tesorero General del Reino.

Esta facilidad para viajar era un elemento importante para entrar en contacto con otros mundos y aprovisionarse de libros. Maule nos ha dejado en su epistolario algunas muestras de las compras que fue haciendo a lo largo de su caravana, como él la llamaba, y al Marqués de Ureña le fueron registradas en la Aduana de Cádiz, a la vuelta de su viaje, varios cajones llenos de libros sobre metalurgia, mineralogía y química.[28]

Una puerta muy importante para abrir su horizonte a culturas distintas era el conocimiento de otras lenguas: O'Crowley manejaba a la perfección el inglés, por su origen familiar, el francés, por su educación en el país vecino, y el italiano. Böhl añadía a su alemán nativo, el español, inglés y francés; Maule era capaz de leer y traducir el italiano e intentó aprender inglés antes de hacer su viaje. De Sebastián

[24] G. Carnero, *op. cit.*, p. 72. Lo mismo podemos leer en O'Crowley: «Yo por mí soy un topo, que no tengo más mérito que el mucho deseo de saber y de ilustrarme y de aumentar el crecido museo de Medallas, Cameos (sic), Estatuas, Pinturas, etc., que poseo y devo a mi mismo y a una afición y práctica de algunos años, pues en lo demás no tengo rentas suficientes para mantenerme sin auxilio del Comercio que sigo por profesión y por consiguiente sin tiempo sobrado para dedicarme al estudio, bien que le doy los ratos que puedo». Carta de marzo de 1791 a José Francisco Camacho. Inédita. De próxima publicación.

[25] *El Viaje Europeo del Marqués de Ureña (1787-1788)*, Edición, comentarios y notas de María Pemán Medina, Cádiz, Unicaja, 1992, 687 pp.

[26] Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, *Viage de España, Francia e Italia*, Cádiz-Madrid, 1806-1813, 14 tomos.

[27] Precisamente de su conocimiento de la realidad mexicana nace su libro *Idea Compendiosa de la Nueva España*, escrito en 1774, publicado en inglés en 1972 (Dublín) y posteriormente en castellano en 1975 (México).

[28] María Pemán reproduce el inventario que se hizo en la Aduana de todo su equipaje. *El Viaje*, pp. 585-587.

Martínez no tenemos especial información, pero debía leer con soltura el francés a tenor del alto número de libros en esta lengua que tenía en su biblioteca.

De todos modos, aunque no hubieran viajado, no era difícil en Cádiz encontrar buenos libros al haber aumentado de manera extraordinaria el número de librerías. Si a fines del XVII solamente funcionaba una, un siglo después hemos contabilizado más de veinte, tres de ellas especializadas en libros en francés, que hablan bien a las claras de lo numerosa que era la colonia francesa y, al mismo tiempo, del predominio que ejercía la cultura de este país sobre la nuestra. Estas librerías estaban bien surtidas de libros españoles y extranjeros, y los libreros comenzaron a tener una cierta formación, como Julián Mutis, padre del botánico José Celestino Mutis, o Victoriano Pajares, cuya librería se convirtió en centro de reunión y amistad de todos estos amantes del libro, a la que acudían cuantos literatos pasaban por Cádiz, como Leandro Fernández de Moratín, amigo de Sebastián Martínez, que a su vez lo era de Pajares.[29]

Lo que no habían podido adquirir en los viajes, o en las librerías de Cádiz, también podían conocerlo por los anuncios en la prensa (por ejemplo, los de la *Gaceta)*, pues era común estar suscritos al menos a un periódico de la Corte, o utilizando la red de corresponsales que, como buenos comerciantes, tenían por Europa. Maule compraba mucho en Roma, donde un ex jesuita, el Padre Muchotrigo, le servía de intermediario. Allí adquiere algunos libros para él o sus amigos y —lo que resulta más llamativo— para su propio librero de Cádiz, el ya mencionado Pajares, lo que era un poco el mundo al revés. Böhl de Faber mantenía estrecho contacto con Campe, librero de Brunswich, que le tenía al corriente de las novedades alemanas. Esa red también servía para suministrar libros a amigos de otros puntos de España. Mr. Monier, corresponsal en Londres de Miguel de Iribarren, le remitía el 12 de Agosto de 1785 varias comedias inglesas para un amigo de éste, el fabulista Tomás de Iriarte.[30]

Pero no entenderíamos del todo a este pequeño grupo de comerciantes ilustrados sin hablar de la otra pasión que llenó su vida junto con los libros: el coleccionismo, tan frecuente en Cádiz. Martínez,[31] Maule y O'Crowley formaron unas magníficas colecciones de cuadros —unos Gabinetes de Pinturas— con un altísimo número de

[29] Visitó la librería el 23 y 24 de Diciembre de 1796 y el 5 de Enero de 1797. Así lo cuenta en su *Diario, Mayo 1780-Marzo 1808.* Edición de René y Mireille Andioc, Madrid, Editorial Castalia, pp. 174-175. Es muy esclarecedor el artículo de Nigel Glendinning, «Los contratiempos de Leandro Fernández de Moratín a la vuelta de Italia en 1796», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* Madrid, LXXXII (1979), nº 3, pp. 575-582.

[30] «Fue una equivocación quando avié el tomo de comedias inglesas para Don Thomás de Yriarte de Madrid, crei haberle remitido en solos 20 tomos la obra de Colección de las mejores de este teatro extra Sekespeare (sic) (el Calderón Británico pero ni la mitad tan extenso como éste) pero fueron 21 tomos de dichas comedias con 4 más de farsas, o sea entremeses, y no hay más fuera de la prensa, digo, imprenta, de modo que reconocí mi yerro con tiempo, y devolví a Bell el librero el tomo 21, pero en los últimos días de mi residencia aquí, recojeré de las comedias de Sekespeare (sic) que se están imprimiendo y salen sueltas las que estuviesen prontas, y puestas en un paquetito las dirijiré a Vm. En derechura por mar para que las remita a Madrid, disimulando las molestias». Archivo del Marqués de Villarreal y Purullena, caja 62, expediente 5.

[31] María Pemán Medina, «La colección artística de Don Sebastián Martínez, amigo de Goya, en Cádiz», *Archivo Español de Arte,* Madrid, tomo LI, nº 201, 1978, pp. 53-62.

piezas. En Martínez destaca, además, su colección de grabados —más de diez mil—, que pudo conocer a fondo Francisco de Goya, tan amigo de su dueño que se alojó en su casa durante una de sus estancias gaditanas.[32] Esa pasión por el arte —en especial por el coleccionismo de pinturas— estaba muy extendida y eran varios los comerciantes que se dedicaron a ella. Ponz[33] menciona, junto a Martínez y O'Crowley, a José de Murcia; después se han añadido otros nombres como los de Manuel de Llera, José Roncali, José López Martínez y Lorenzo Asunsolo de la Zuela.[34] Otros comerciantes se dedicaron con pasión a las monedas, en la que destacaron dos colecciones, las de O'Crowley y Antonio Mosti, aunque el primero coleccionaba un poco de todo: minerales, cuadros, camafeos, conchas marinas...

Pero sea como fuere, los cuatro, como digo, formaron unas riquísimas bibliotecas. Solamente conocemos el número e inventario completo de una, la de Sebastián Martínez,[35] que ascendía a 819 títulos, a los que después se han agregado otros 164 —la mayoría de estampas— que conservaba en su casa de Madrid;[36] mayor debía ser la de Maule, pues debió tener como mínimo 1550 títulos;[37] carecemos de datos sobre la de O'Crowley y de la de Böhl solamente conocemos el número de los manuscritos y libros españoles. Los primeros eran nada menos que 140[38] y los segundos ascendían a 900.[39] Si tenemos en cuenta que poseía un buen lote de libros en alemán, francés e inglés podemos deducir que debía ser una biblioteca abundantísima, de varios miles de volúmenes, posiblemente la mayor en número de este pequeño y selecto grupo.

En cuanto a las materias, nuestra información sólo es exhaustiva por lo que hace a la de Sebastián Martínez, lo que nos sirve de gran ayuda pues parece obvio que debió existir una gran similitud entre la suya y la de Maule y O'Crowley en cuanto a la adquisición de libros de arte. Las materias que más predominaban eran, por este orden, las Bellas Artes, la Historia y la Literatura (la Economía solo suponía el 5 % del total y eso que llegó a ser ¡Tesorero Mayor del Reino!). Hemos podido detectar algunos libros que estaban en la biblioteca de los tres: por ejemplo la magnífica y cara

[32] María Pemán Medina, «Estampas y libros que vio Goya en casa de Sebastián Martínez», *Archivo Español de Arte* (Madrid), nº 259-260, 1992, pp. 303-320.

[33] Antonio Ponz, *Viaje de España,* Madrid, Editorial Aguilar, 1947, pp. 1587-1589.

[34] María Pemán, «Estampas», pp. 303-320.

[35] Antonio García-Baquero, *op. cit.*

[36] María Pemán, artículo citado en la nota 32.

[37] La única información sobre esta biblioteca proviene de unos apuntes, muy escuetos, sobre algunos libros, tomados por Bartolomé José Gallardo, que se conservan en la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander. En uno de ellos se menciona un libro al que se le da el número 1550, única cifra que damos por segura de un número que debería ser sensiblemente mayor.

[38] Vid. «Catálogo provisional de los manuscritos de la librería que fue de Don Juan Nicolás Böhl de Faber, existentes en la Biblioteca Nacional», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* tomo IX, 1883, pp. 180-187; 204-233 y 312-319.

[39] Cayetano Alberto de la Barrera, *Catálogo formado por D. Bartolomé José Gallardo de los principales artículos que componían la selecta librería de D. Juan Nicolás Böhl de Faber,* Madrid, Tipografía de Archivos, 1923. Es tirada aparte de una artículo aparecido en el *Boletín de la Real Academia de la Historia.*

edición de las Excavaciones de Herculano que mandó hacer Carlos III o la Enciclopedia Metódica.

La biblioteca del Conde de Maule debía ser más ecléctica, pues, interesado en otras materias además de las Bellas Artes y la Historia, gustaba también del acopio de libros sobre la América española, en especial cuanto tuviera relación con Chile, su patria. Asimismo, por afecto a los jesuitas con los que se había educado, intentó formar una colección de obras de los miembros de la Compañía expulsados de los territorios del rey de España, con los que mantenía una gran amistad, sobre todo con los abates Juan Ignacio Molina, Lorenzo Hervás y Panduro, y Juan Andrés, entre otros. Invirtió grandes sumas en comprar *todo* lo que éstos hubiesen escrito, tanto impresos como manuscritos. En este último caso, si no encontraba alguno en venta, se contrataba a un amanuense para que hiciese una buena copia. Llegó a reunir más de 200 títulos jesuíticos.

Es muy escasa la información que tenemos sobre cuáles eran las materias de la biblioteca de O'Crowley. Quizás fuese la de menos valor, porque D. Pedro Alonso era el que estaba peor de dinero y, sobre todo, porque en él predominaba una gran pasión, las monedas, a la que dedicó el mayor esfuerzo, carteándose con otros coleccionistas de España y Europa a la caza de alguna pieza que faltase en su monetario. Por eso quizás su biblioteca —como la de Böhl— tiene cierta unidad, pues estaba especializada en numismática e historia, para servir de complemento y estudio de la que su dueño consideraba la mejor colección de monedas de España.

Algo parecido podemos decir de la biblioteca de Juan Nicolás Böhl, en la que predominaba como materia la lengua y la literatura española, a cuyo estudio consagró el tiempo libre que le dejaban los negocios. Böhl logró reunir una de las mejores colecciones de nuestros clásicos, con todas las ediciones más raras y cotizadas: incunables, ediciones del XVI y XVII, cancioneros... Su catálogo fue redactado por la experta mano de Bartolomé José Gallardo, que añadió a los asientos de cada libro eruditas observaciones.

Al hilo del coleccionismo que antes comentábamos, hemos de plantearnos una pregunta que podríamos hacer extensiva a los libros: la de hasta qué punto este afán de coleccionar no obedece a unos motivos puramente altruistas sino a otros más espurios: sea el primero el afán de invertir el dinero ganado con el comercio en unos bienes que no se depreciarían y que tendrían siempre fácil venta en Cádiz. Si así fuera se coleccionarían cuadros o libros como otros —o ellos mismos— hacían con el dinero. La otra cuestión es si todas estas compras y su exposición en salones bien acomodados —y visitables— no obedecía sino a un intento de ascenso social del dueño y de un cierto reconocimiento público, que no se conseguía sólo con el dinero. Algo de esto puede haber, lo que explicaría la existencia de un cierto contagio, una moda, y también un afán de enseñar la colección a cuantos viajeros visitaban Cádiz (Ponz, Humboldt...) y de publicar su inventario, como hicieron O'Crowley y Maule.

Puede que ambas cosas sean compatibles: un auténtico amor al libro y al conocimiento con un afán exhibicionista para impresionar con buenos gabinetes de pinturas y estantes llenos de magníficas encuadernaciones. Puede servirnos de ejemplo de esto último el Conde de Maule, que gastaba grandes sumas en adquirir libros y del que nos

consta su bibliofilia, pero que no desdeñaba, antes al contrario, la noticia de una compra de libros bien encuadernados: «Me parece muy del caso la encuadernación en ésa a la inglesa y holandesa de los libros comprados, porque en estos payses es apreciable esta curiosidad, y en una librería se admira a veces lo material de la encuadernación e imprenta, como la excelencia de los pensamientos de la obra».[40]

Ante esas librerías tan descomunales siempre se plantea la inevitable pregunta de cuál es exactamente la relación del propietario con esos libros. En los cuatro casos que estamos analizando podemos afirmar de entrada que todas son bibliotecas formadas por sus dueños, en las que la presencia de libros heredados es mínima. En cuanto al uso que hacen de su contenido, sí que podemos afirmar sin demasiadas dudas que estamos ante unos lectores excepcionales, es más, si atendemos a la opinión que ellos tienen de sí mismos, ante unos verdaderos filósofos (Maule) o eruditos (O'Crowley, Böhl).

Aun en aquellos en que existía una afición acentuada, su curiosidad les lleva a interesarse por otras materias como la Astronomía (Böhl, Maule), la política, la religión, la filosofía (Böhl era lector de Fichte)..., incluso la Paleografía (O'Crowley). Martínez era lector de las mejores novelas inglesas de su época: los *Viajes de Gulliver,* el *Vicario de Wakefield* y *Tom Jones.* En ese afán ilustrado del *aude sapere,* es lógico que tuviesen interés por leer las publicaciones de los ilustrados franceses — Voltaire, Rousseau, Montesquieu...— y consiguieran una licencia para leer libros prohibidos.[41] Sabemos que la tenían Maule y Sebastián Martínez, no necesitándola Böhl por su condición de protestante, mientras que O'Crowley, muy conservador en su pensamiento y aterrorizado con lo que estaba sucediendo en Francia, no solo no tendría especial interés en tenerla sino que manifestaba su oposición radical a los filósofos franceses.

A pesar de estas licencias, no tardarían en tener algún que otro encuentro con la Inquisición, hecho en verdad un poco paradójico, pues, cuando esta se encontraba en su mayor auge en España, es muy débil su presencia en Cádiz, mientras que a fines del XVIII, en plena efervescencia ilustrada, se hace omnipresente con continuas fricciones, algunas de ellas pintorescas. Quizás todo se debe a la personalidad del comisario de la Inquisición Pedro Sánchez Manuel Bernal, quien se tomó su trabajo con increíble celo, alentado por el cordón sanitario impuesto por el Conde de Floridablanca ante la difusión de ideas de Francia.[42]

Tanto Maule como Sebastián Martínez tuvieron algunos roces con el Inquisidor a cuenta de unos grabados que contenían desnudos;[43] el mundo del libro gaditano se

[40] Conde de Maule, *Epistolario inédito,* carta 142. De próxima publicación.

[41] Tenemos algunas referencias de que Maule se dedicaba a gestionar esas licencias gracias a su amistad con el confesor real Fray Juan de Moya.

[42] Para conocer las luchas entre la Inquisición y el mundo ilustrado es de gran interés la lectura del libro de Marcelin Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII,* Madrid, Editorial Taurus, 1973, pp. 115-127.

[43] Los incidentes de Martínez con el Inquisidor han sido estudiados por José Manuel Cruz Valdovinos, «Inquisidores e Ilustrados: las pinturas y estampas "indecentes" de Sebastián Martínez», en *El Arte en tiempos de Carlos III,* Madrid, CSIC, 1989, pp. 311-319. Y más recientemente por Elisabel Larriba,

vería conmovido cuando Sánchez Manuel Bernal ordenó a las librerías de la ciudad que le entregaran listas de los libros en venta, en especial las tres francesas. Algunos se negaron y protestaron todo lo que pudieron. De igual modo, los comerciantes de Cádiz se alertaron ante estas actuaciones y procuraron esquivarla utilizando para ello el ingenio. Una de las fórmulas —antigua y muy socorrida— era poner en la encuadernación los nombres de Calderón, López... cuando dentro se tenían textos de Voltaire o Rousseau.[44] Otro era extremar la prudencia para que nadie pudiese delatar la existencia de libros prohibidos.[45] Lo más frecuente era hacerlos pasar por alto, esto es, colarlos por encima de la muralla y de este modo no tener que sufrir el registro en la Aduana.

A pesar de Pedro Sánchez Manuel Bernal, los comerciantes gaditanos leyeron cuanto desearon, siendo la cortapisa inquisitorial más aparente que real.

Y no sólo disfrutaron con sus colecciones y la lectura; también sintieron ellos mismos la tentación de dedicar sus ocios a la publicación de algunos trabajos. Ellos no se aventuraron —que sepamos— por la poesía o el teatro, como lo intentaron sus amigos el Marqués de Ureña y el de Méritos. No obstante, fueron autores de obras de singular interés.

El Conde de Maule tradujo del italiano en sus ratos de ocio el libro de su buen amigo y paisano el ex jesuita Juan Ignacio Molina, *Compendio de Historia Civil del reino de Chile*, que publicó a sus expensas en 1795. Pero la gran obra de su vida fue la publicación del Viaje que realizó por Italia, Francia y España, con la que pretendía emular el que años antes había realizado Antonio Ponz. No le resultó fácil la edición, que llevó a cabo, superando muchos contratiempos, entre 1806 y 1813.

O'Crowley publicó la traducción del *Diálogo de las Medallas* de Addison, en el que figura como apéndice una descripción de su colección.[46]

Por último Böhl es autor de una obra de extraordinaria importancia, de la que es preciso mencionar su *Floresta de rimas antiguas castellanas.* Su nombre además ha quedado vinculado a la polémica sobre Calderón y a los orígenes del movimiento

«Sebastián Martínez y Pérez *versus* Pedro Sánchez Manuel Bernal o la lucha de un ilustrado gaditano contra el Santo Oficio», *Trienio,* nº 34, noviembre 1999, pp. 5-29. Los roces de Maule con la Inquisición tuvieron su origen también en unas pinturas. Vid. Wilhelm von Humboldt, *Diario de mi viaje a España. 1799-1800,* Madrid, Editorial Cátedra, 1998, p. 186.

[44] Así lo cuenta Antonio Alcalá Galiano en sus Memorias, *Obras escogidas*, tomo I, Biblioteca de Autores Españoles, nº 83, p. 276.

[45] Véase lo que escribe el Conde de Maule a su hermano Vicente el 26 de Abril de 1797: «No hay que prestar a nadie ningún manuscrito, ni que persona vea sus rótulos, porque como yo no estoy ahí, no vaya el Inquisidor a reconocerlos y quitárselos. Lo mismo digo de las prohibidas de la otra cómoda», *Epistolario de D. Nicolás de la Cruz Bahamonde, primer Conde de Maule* (Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza), Santiago de Chile, 1994, p. 191.

[46] *Diálogo sobre la utilidad de las medallas antiguas*, de Joseph Addison, Madrid, 1795. A partir de la página 169 y hasta la 585 viene, con portada independiente, la descripción de su colección: *Musaei O-Croulianei. Compendiaria Descriptio; o Catálogo de las medallas, camafeos, monumentos antiguos, etc.* Madrid, en la Oficina de Plácido Barco López, 1794.

romántico en España.[47]

Siempre me ha parecido significativo que tanto Maule y O'Crowley, como el Marqués de Ureña y el de Méritos, no quisieron publicar sus principales obras en imprentas de Cádiz, que ya para esas fechas trabajan con cierto nivel, sino en Madrid, buscando siempre la mejor calidad de impresión y la máxima divulgación de su libro. Böhl publicaría su libro *Floresta...* en Hamburgo.

Con todo lo visto, no es extraño que se convirtieran en unas personas bastante conocidas dentro del mundo de la Ilustración española, estableciendo amistad y correspondencia con diversos personajes, Martínez fue amigo personal de Antonio Ponz, Goya y Leandro Fernández de Moratín, entre otros. O'Crowley lo era también de Ponz, así como de Cándido María Trigueros, los hermanos Iriarte y de cuantos en España se dedicaban a coleccionar monedas (Gutierrez Bravo, de El Arahal; Camacho, de Córdoba...). Maule mantuvo toda su vida una extraordinaria admiración a los jesuitas expulsos —a los que financió—: Lorenzo Hervás y Panduro, Juan Andrés, Juan Ignacio Molina, y otros. Böhl tuvo amistad con Vargas Ponce y Martín Fernández de Navarrete, etc.

Sus propios conocimientos, su amor por el arte, así como la repercusión que tuvieron algunas de sus obras le valieron la pertenencia a distintas instituciones españolas. Martínez y Maule pertenecieron a la Academia de San Fernando; O'Crowley lo fue de la de la Historia y Böhl vio reconocido su indiscutible conocimiento de nuestra literatura con su ingreso en la Real Academia Española.

Por desgracia, esas bibliotecas reunidas con tanto amor —y dinero— estaban tan sujetas a los vaivenes de la fortuna como el propio comercio de Cádiz, donde si era fácil y rápido enriquecerse no lo era menos caer en la ruina. Por eso no es extraño que algunas de estas bibliotecas se formasen con la compra de restos de otras anteriores cuyos propietarios se arruinaron. Böhl, por ejemplo, tenía algunos manuscritos que antes habían pertenecido a Antonio Mosti. El propio Böhl y O'Crowley experimentaron a lo largo de su vida algunos quebrantos económicos. El primero se vio obligado a desprenderse de sus libros alemanes, ingleses y franceses, y el segundo tuvo que hacer lo mismo con algunas piezas de su colección.

El hombre que más hizo porque la suya no se dispersara, como era el Conde de Maule, no pudo evitar que sus libros se malvendieran por su nieto Aymerich a un baratillero italiano en 500 pesetas. Las dos hijas de Sebastián Martínez acabaron repartiéndose a mitad libros y cuadros, perdiéndoseles la pista, aunque todo indica que fueron a parar a Inglaterra.

Por paradojas de la vida, el único que dejó establecido un fin altruista a sus libros, como era Böhl, que los donó por testamento al Consulado de Hamburgo, es el que ha visto cómo su colección de libros ha llegado hasta nuestros días, pues en 1848 fue comprada por la Biblioteca Nacional de España, quien comisionó para ello a un joven bibliotecario, Juan Eugenio Hartzenbusch, quien en 1849 se desplazó a El Puerto de Santa María para hacerse cargo de los libros, durante cuyo tiempo tuvo ocasión de

[47] La lista de las obras de Böhl puede verse con facilidad en la obra de Guillermo Carnero, p. 307 y ss.

tratar a las hijas de Böhl Cecilia, Aurora (casada con Tomás Osborne) y Ángela. Todas dieron las mayores facilidades para que esos libros no salieran de España, aún contrariando en esto la última voluntad de su padre.

El tiempo favorable pasó, y Cádiz dejó de ser uno de los lugares privilegiados para la difusión del libro y la prensa, como lo había sido en el último tercio del siglo XVIII.